

DEE Henderson



Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois

El Testigo



Visite la emocionante página en la red informática de Tyndale: www.tyndale.com

TYNDALE es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

La pluma del logotipo de Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Título original: *The Witness*. © 2006 por Dee Henderson. Publicado por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

El testigo

© 2006 por Dee Henderson. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Image State. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © 2005 por Terry Farmer Photography, Springfield, Illinois. Todos los derechos reservados.

Diseño: Cathy Bergstrom y Jessie McGrath

Traducción: Cecilia Castro

Edición: José L. Riverón

Esta es una obra de ficción. Los sucesos descritos son imaginarios. Los escenarios y caracteres son ficticios y no intentan representar lugares específicos o personas vivientes o fallecidas. Cualquier semejanza es accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editorial.

ISBN-10: 1-4143-

ISBN-13: 978-1-4143-

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Henderson, Dee.

[Witness. Spanish]

El testigo / Dee Henderson.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1052-7 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-1052-8 (pbk.)

I. Title.

PS3558.E4829W5818 2006

813¢.54—dc22

2005036469

Impreso en los Estados Unidos de América.

Printed in the United States of America.

11 10 09 08 07 06

7 6 5 4 3 2 1

Capítulo Uno

IR AL CENTRO COMERCIAL a comprar un florero para el cumpleaños de su hermana, una novela para su día de descanso y algunas cosas para la casa le había parecido una buena idea hacía una hora, pero a Luis García todavía le faltaban dos cosas de su lista y no tenía ganas de ir a otra tienda.

—Oficial.

Luis se volteó.

La dama, que llevaba dos bolsas de compras y a una niña de tres años de la mano, parecía preocupada—. Hay una mujer en el baño que necesita ayuda. Me pidió que llamara al servicio de vigilancia del centro comercial.

Él era policía y estaba fuera de servicio, pero todavía llevaba el uniforme después de un día en el juzgado; ella había adivinado bastante bien.

—¿Hay alguien más allí adentro?

—No.

Luis asintió y cruzó el corredor hacia el pasillo donde estaban los teléfonos públicos y los baños. Un carrito de limpieza estaba delante de la puerta, que tenía un letrero de “Servicios”. Lo movió para bloquear la entrada al baño de mujeres. “Policía, voy a entrar”, advirtió. Atravesó el área de descanso con cuatro

sillas y un lugar para los cochecitos de bebé, hacia la zona de los baños.

Vio a la dama: de cuarenta y pico de años, enferma, con la cara lívida, apoyada en el mostrador que la sostenía más que sus piernas. Luis se volteó, dejó sus compras y regresó con una silla acolchada con respaldo curvo. “Siéntese, señora.”

Cerró el agua que corría por las manos de ella en el lavatorio y la acomodó en la silla. Ella vestía una camisa blanca y pantalones negros de vestir, la versión sencilla de un uniforme, pero ya no estaban pulcros ni planchados. Se preguntó si habría sido atacada sexualmente, mientras se quitaba su chaqueta y la envolvía con ella para quitarle el frío que él podía percibir. Luis era un hombre corpulento, alto y de hombros anchos, por lo que la pequeña forma de ella desapareció en su chaqueta.

—Sus ojos eran marrones claros, fríos. —El cuerpo de la dama se estremeció con un escalofrío.

—Está bien.

Le pasó las manos por el centro del cuerpo buscando el lugar del que provenía la sangre en el mostrador del lavatorio. La sangre oscurecía sus pantalones en la cadera derecha, pero no era de una herida que hubiera atravesado la tela.

—El almacén de la Joyería Bressman. —La mirada de él se clavó en la de ella—. Están todos muertos. Lo comprobé.

Luis le abrochó rápidamente su chaqueta hasta el cuello.

—Quédese aquí —le dijo.

Ella sacudió la cabeza asintiendo.

Él la dejó allí.



Luis entró a la Joyería Bressman. El letrero sobre el mostrador del frente ofrecía un descuento del treinta por ciento en los aretes de diamante solo durante esta semana. No había algùn ven-

dedor a la vista. Caminó alrededor de los mostradores y entró a una pequeña oficina, después siguió por un pasillo estrecho paralelo a los baños públicos. Una puerta se movía con la brisa del aire acondicionado y un radio que tocaba música country comenzaba una nueva canción. Nada parecía estar vivo.

Él observó con detenimiento y porque era policía, se detuvo. Le tomó un tiempo sobreponerse mientras analizaba los asesinatos. A cuatro miembros del personal los habían arrastrado hasta allí y les habían disparado en grupo. La sangre había salpicado las repisas del almacén. La más joven parecía apenas haber terminado la escuela secundaria, con su maquillaje perfecto y sus uñas pintadas de un suave color rosa. A una dama de la edad de su madre le habían disparado en la cabeza. Al administrador de la tienda y a un tercer vendedor, ambos hombres de mediana edad, les habían dado muerte delante de un estante para cajas de regalo. La sangre no había atraído todavía más que a una pareja de moscas: ¿Diez minutos? ¿Quizá veinte?

Que el hecho se hubiera cometido en su ciudad, a su alcance, y que como comisario de policía no hubiera sido capaz de prevenirlo, provocó una ira calmada y fría en él.

“55-14”, llamó por radio Luis.

“10-2.”

Reconoció la voz de la despachadora en la breve respuesta.

“Julia, hay un 187 múltiple en el centro comercial El Encanto, en la Joyería Bressman”, explicó él. Mentalmente recorrió la lista de detectives que estaban de servicio. “Necesito a Camilo, Mario, Manuel y Sánchez. Dígales que cada minuto cuenta.”

“Sí, señor. Estoy enviando mensajes de prioridad.”

“Asigne una frecuencia de radio para este caso.”

“Cuatro.”

Él cambió su frecuencia de radio.

“¿Servicios de emergencia?”, preguntó Julia. “Envíe peritos

forenses al lugar, código naranja, y avísele al médico forense. Necesito cuarenta policías aquí. Localice a los más que pueda que estén en la estación, a los que estén en el distrito Westford y después empiece a llamar a los hombres de regreso al servicio. Mario se encargará de asignar las tareas en la escena.”

“¿Dónde está Pablo Rivero en este momento?”

“Su horario muestra una entrevista con miembros de la prensa.”

“Haga que alguien le pase un mensaje. Lo necesito en la escena.”

“Sí, señor.”

“¿Preguntas?”

“Puedo encargarme, señor.”

“Está bien. Soy canal cuatro.”

Se volteó al escuchar pasos a su espalda. Eran dos miembros del servicio de seguridad del centro comercial, ambos a la carrera.

—Quédense adelante. —Luis dejó la puerta batiéndose por la brisa del aire acondicionado y caminó de regreso a la sala de ventas—. Ha habido una balacera. ¿Cuántos agentes de seguridad en servicio tiene el centro comercial?

—Cuatro.

—Está bien. Quiero que ustedes dos cierren esta tienda. Pavón, una vez que la reja esté cerrada, quiero que se sienta a la entrada lateral de esta tienda. Nadie que no sea de la policía de Brentwood o Westford puede entrar, o usted no tendrá empleo mañana. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

—Rodríguez, quiero que usted traiga a los otros dos agentes del centro comercial y empiece a revisar el estacionamiento de autos, comenzando por esta entrada. Quiero una lista de las placas de cada auto.

Los guardias de seguridad se quedaron parados.

—Muévanse.

Se apresuraron a cerrar la reja de seguridad, bajando del techo el primer panel para cubrir la entrada a la tienda.

Luis caminó a la pared este de la sala de ventas y bajó el sexto cuadro. Su testigo se veía mejor en su foto oficial. *Ana Benítez*. Su cabello había cambiado —ahora estaba más largo como unos cinco centímetros y de un tono caoba más oscuro—, pero los ojos azules eran los mismos.

Conservó la foto y caminó alrededor de las vitrinas. Nada parecía haber sido alterado. ¿Un robo con múltiples asesinatos pero sin faltantes de joyería? ¿Cuánto habría aquí en inventario? ¿Cien mil? ¿Más? *¿Tiene un lugar especial de ventas, Ana Benítez? ¿Anillos, relojes, los collares que costarían mi salario de un año? Usted no usaba ninguna joya hoy, ni siquiera un anillo. Esto me sorprende.* La caja registradora también parecía no haber sido tocada.

Luis levantó la vista cuando los primeros agentes que había solicitado comenzaron a entrar. Camilo iba a la cabeza con su imponente compañero, Mario, siguiéndolo un paso atrás. Camilo, de 1,75 metros de estatura, vestía pantalones de vaquero negros y una ropa deportiva que usaba para los días que trabajaba en las calles. Mario, de 1,90 metros, todavía parecía un borracho con resaca después de muchos días de vigilar callejones, con las sombras oscuras bajo sus ojos más marcadas que de costumbre. Luis consideraba que estaban entre los mejores agentes del departamento, aunque a ninguno le gustaría oír esa recomendación en público, por temor a que pudieran terminar haciendo trabajo administrativo algún día.

—¿Qué tenemos aquí, jefe?

Luis señaló hacia el pasillo trasero.

—Te estoy dejando la escena a ti, Camilo. Mario, tu coordinarás a los agentes que vengan a ayudar. Tengo que ocuparme de un

testigo. Necesito rápidamente los nombres y direcciones de las víctimas porque no creo que el motivo haya sido el robo. Todavía estamos dentro de la primera hora, así que apuren a todos.

—Lo haremos.

—Usen el canal cuatro para manejar la información. Tan pronto como llegue Rivero, llámenme por el buscpersonas. La prensa va a ser un problema en este caso.

Tratar de desocupar el centro comercial no era una alternativa viable. Enviar un equipo de tropas especializadas a buscar al asesino en un centro comercial atestado de gente solo causaría pánico y gente herida. El asesino había entrado, arrastrado al personal de la tienda al almacén posterior, y les había disparado allí. La escena mostraba que había salido sin atraer la atención hacia él y el cálculo del tiempo de los disparos decía que ya había escapado. Por ahora trabajarían de la escena hacia fuera y tratarían de no ampliar el problema que enfrentaban.

Para ese momento ya había una multitud de compradores que pasaban lentamente, se detenían y se cuestionaban unos a otros. Luis caminó por entre ellos y alrededor del pasillo hacia los baños. El carrito de limpieza estaba todavía donde lo había dejado. Luis caminó alrededor de él y entró al baño de damas.

La silla todavía estaba en la sección de los lavatorios, pero vacía, con solo su chaqueta doblada. “¿Señora? ¿Ana Benítez?”

Pasó de los lavatorios a los cubículos. El baño estaba vacío. Ella se había ido. Aun temblorosa como estaba había logrado irse.

Salió del baño y miró alrededor del corredor. Ana no fue vista por los agentes en la tienda y desapareció impulsada por el horror de lo que había visto. *No había necesidad de huir, Ana. Estabas a salvo.*

“Necesito la dirección y la marca del auto de Ana Benítez, de algo más de cuarenta años. Quiero cualquier información de los conductores de vehículos con edad y nombres parecidos que

estén registrados en la ciudad.” Con esto comenzó la búsqueda y entonces pasó las páginas de la guía telefónica para localizar la tienda principal Bressman. Arrancó la página. Cinco tiendas en total. ¿Por qué tuvo que ser esta?

Luis volvió a entrar a la joyería y fue al área de la pequeña oficina. El pasillo había comenzado a llenarse con el equipo de los forenses.

Camilo levantó la vista de una carpeta.

—¿Tu testigo? —preguntó él.

—Escapó. Y por lo que parece, ella vio al asesino. Ya he pedido una búsqueda de su auto. ¿Hay algo aquí con direcciones o números de teléfono del personal?

—Tengo información de los clientes, reparaciones de joyas y órdenes especiales, pero lo único que he conseguido del personal se encuentra en una tarjeta pegada al teléfono. La tienda principal tiene todos los archivos del personal. He enviado un agente a recogerlos y traerlos.

Luis revisó la tarjeta. Solo nombres sin apellidos, pero una sola Ana. Tomó su radio: “Necesito una búsqueda inversa de un número telefónico”. Lo leyó y obtuvo una dirección. “Ella vive cerca; voy ahora mismo al lugar. ¿Tienes lo que necesitas?”

—Puedo comenzar con las fotos y los números telefónicos. Los forenses tienen como prioridad decirme qué arma usó. Tendré un inventario preliminar confirmado en veinte minutos. Por ahora tienes razón, parece que todo esta aquí.

—Empleados antiguos, despidos recientes. Esto tipifica a una balacera por motivos de trabajo, no por robo. Estaciona un auto patrullero con un agente en las otras tiendas Bressman. Todavía no hay justificación del porqué ocurrió en esta tienda. Asegúrenos que no sea simplemente la primera.

—Mario pensó lo mismo, ya tiene agentes en camino a las otras tiendas.

Luis se detuvo en el baño para recoger su chaqueta y las cosas que había comprado antes. Se dirigió hacia su auto. Podía enviar a otros agentes, pero Ana estaba suficientemente espantada y lo que había visto era su mejor pista en este momento.

El viaje le tomó siete minutos, tres de los cuales los pasó detenido por la luz roja de los semáforos. Volteó en la calle Amber. No estaba seguro de que a él, personalmente, le gustaría vivir tan cerca de su trabajo. Aminoró la velocidad mientras los números de las casas disminuían hasta el que buscaba y paró. Era una casa vieja de ladrillo, de dos pisos, con un zaguán imponente, en un lote estrecho. El roble del frente era más alto que la casa y daba sombra al jardín. No había vehículo en el camino de entrada de Ana Benítez y al pasar manejando lentamente se veía que había un recipiente para basura caído que rodaba hacia adelante y hacia atrás al frente de la puerta, sugiriendo que ella no había entrado al garaje.

“55-14.”

Tomó su radio.

“10-2.”

“La información de los conductores de vehículos señala para Ana Benítez, en esa dirección, solo un auto registrado, Honda Odyssey, con placas alfa bravo nueve dos cinco.”

“Alfa bravo nueve dos cinco. 10-4.”

Luis dio una vuelta a la manzana y no vio señales del vehículo. Estacionó en la calle. Recogió su chaqueta y se la puso. Levantó el cuello de la misma hacia su cara y percibió vagamente el perfume de ella. Un perfume de mujer: Atrayente, con un toque de elegancia. Caminó por la vereda al zaguán. Las cartas atestaban la casilla de correo y había plantas en macetas alineadas en el interior de la ventana del frente. No había luces prendidas. Tocó el timbre y abrió la puerta de malla para tocar a la puerta. “Señora Benítez, Ana, por favor venga a la puerta. Es el oficial García.”

No obtuvo respuesta.

Caminó alrededor de la propiedad y tocó a la puerta posterior. La casa parecía cerrada y vacía.

No había visto su cartera en el baño y ella no había vuelto a entrar a la joyería. Si no estaba en casa, ¿dónde entonces? Tomó su radio. “Camilo, comunícame por radio con Rodríguez, el guardia de seguridad del centro comercial. Verifiquen si un Honda Odyssey está todavía en el estacionamiento del centro comercial. Las placas son alfa bravo nueve-dos cinco.

“Espera.”

Luis revisó las ventanas alrededor de la propiedad pero lo que pudo ver de la vida de Ana Benítez fueron plantas, libros, una vasija en el escurridor al lado del fregadero y una chaqueta sobre el respaldar de una silla. Revisó el correo y encontró que todas las cartas estaban dirigidas a *A. Benítez* o *Ana Benítez*. Ella vivía sola.

—El vehículo está estacionado en la sección G, pasillo cinco.

—Dile a Rodríguez que lo vigile. ¿Han encontrado alguna cartera en la oficina?

—No. Hay un armario en el almacén que puede ser para abrigos y demás. Revisaré tan pronto como los forenses me autoricen a entrar.

—Estoy en camino de regreso.

Luis la había dejado en el baño del centro comercial. Si no tenía su cartera, ella no tenía las llaves de la casa o del auto y no tendría dinero en efectivo más que el que pudiera haber metido en sus bolsillos. Pero si había trabajado en esa tienda del centro comercial por tres años, como indicaba la foto, posiblemente tendría amigos del personal de otras tiendas. La falta de llaves o dinero en efectivo no la iba a detener. Y si estaba huyendo atemorizada. *Vamos, lo último que quiero hacer es tocar a la puerta de tus amigos y dejarlos preocupados cuando no pueda decirles con certeza que estás bien.*

Ella había visto al asesino lo bastante bien para saber el color de sus ojos. A ella no la habían matado. Los dos hechos eran incongruentes. ¿Era alguien a quien ella conocía? ¿Alguien a quien ella reconoció a primera vista? Entonces, ¿por qué no había dicho simplemente el nombre de la persona que mató a tiros a sus compañeros de trabajo?

Ana Benítez, necesito encontrarte a ti o tú necesitas encontrarme a mí, y tiene que ser pronto.

Luis estacionó cerca de los autos patrulleros que habían respondido al llamado al centro comercial y entró. Mario se había instalado al este de la entrada a la joyería, en un pequeño espacio disponible para alquilar, y había agentes entrando y saliendo con información y nuevos encargos.

Luis le entregó a Mario la foto de Ana.

—Necesito una pista del centro comercial, del personal de las tiendas, de cualquiera que la haya visto o la conozca. Ella va a estar muy tensa, así que llámenme por el buscapersonas antes de acercarse a ella, si alguien la encuentra. Ella podría haberse ido ya con un amigo, así que también pregunten en las tiendas por los nombres de los que salieron del trabajo en la última hora y media.

—Así lo haremos.

Mario le pasó la foto al agente detrás de él.

—Treinta copias a color. Tomás, consígueme otro grupo de mapas del centro comercial para marcar las asignaciones para las tiendas. ¿Cuál es la última información sobre las cintas de vídeo de la seguridad del centro comercial?

—Nueve revisadas hasta el momento —respondió Tomás—. Ellos acaban de traer otras seis.

—Tu testigo va a tener que resultar nuestra mejor pista del asesino —le dijo Mario a Luis—. Las primeras entrevistas de aquellos alrededor de la joyería no proporcionan nada y las cin-

tas de vídeo de la joyería y el centro comercial no muestran mucho.

Luis sospechaba eso también.

—Ella vio suficiente para señalar al asesino, estoy convencido de eso —afirmó Luis—. Insiste en que no se acerquen cuando la vean. Llámenme al buscapersonas.

—Lo haremos.

Luis se detuvo al lado del agente de seguridad Pavón.

—¿Hay alguna parada de autobús en el centro comercial? —le preguntó.

—Una cerca de los teatros y la otra por Sears —respondió Pavón—. La línea azul se detiene en ambas cada treinta minutos.

Luis se dirigió hacia la entrada de los teatros. El ómnibus estaba a tiempo. Se subió, confirmó que el conductor había estado en esta ruta en las últimas dos horas y obtuvo una negativa cuando describió a Ana Benítez.

El oficial se bajó. Había sido una remota posibilidad. Le hizo señas a una patrulla de seguridad del centro comercial y se subió al lado de Reguera. “Muéstrenme la camioneta que marqué”, le dijo. Mientras conducían alrededor del estacionamiento, Luis revisó la lista de las placas de los autos. Habían sido registradas por sección.

—Trescientos autos, ¿más o menos?

—Sí. El lote puede acomodar setecientos y hemos tenido menos de la mitad la mayor parte del día. Nada más.

Reguera se detuvo detrás del vehículo.

Luis se bajó. Las ventanas mostraban dos bolsas de compras en el asiento del pasajero y una lata de refresco en su soporte. Nada hacía pensar que ella hubiera regresado al auto. Nada sugería que alguien más hubiera venido con ella al trabajo. “Caminaré desde aquí.”

Reguera asintió y regresó a seguir registrando las placas.

¿Se habría dirigido Ana al estacionamiento solo para cambiar de idea cuando se dio cuenta de que no tenía sus llaves? ¿Habría buscado un taxi para ir adonde un amigo que pudiera pagar el servicio por ella?

Luis se reunió con sus agentes.

—¿Mario?

—Lo siento, jefe, hasta ahora nada. Sus amigos de las otras tiendas se han reunido y no pueden pensar en el nombre de alguien que pudiera haberla llevado a casa. ¿No se subió al autobús?

—No.

Camilo se unió a ellos y les alcanzó la lista de los nombres y direcciones de las víctimas.

—Ella vive cerca, pudo haber caminado a casa —dijo Camilo—. O quizá llamó a alguien para que viniera a recogerla.

—Podría ser —afirmó Luis—, o el tipo que hizo esto estaba esperándola para reaparecer.

A Luis no le gustaba que avanzara la hora. Lo que fuera que estuviera pasando por la mente de Ana en este momento iba a estar dominado por la imagen de sus compañeros de trabajo muertos y esa impresión no iba a pasar fácilmente. Además del hecho que él necesitaba su ayuda para avanzar en la investigación, personalmente necesitaba saber que ella no estaba entrando en un estado de conmoción más profundo del que estaba cuando la había visto anteriormente. Revisó la lista de las víctimas.

—Han identificado al familiar más cercano de las víctimas? Muchos tendrían esposas e hijos. Algunos tendrían hermanos y padres todavía vivos. Todos tendrían amigos. ¿Cuál tendría también un enemigo?

—Los familiares más cercanos han sido identificados para dos de los cuatro —respondió Camilo—. Hemos separado una sala de conferencias para los familiares que sienten que necesitan venir al lugar. Rivero ha salido por unos minutos para traer

suficiente personal para organizar una rueda de prensa afuera de la entrada oeste.

Luis aprobó la información.

—¿Perfiles de las víctimas? —preguntó.

—No se han logrado como quisiera hasta ahora —respondió Camilo—. Dame otros treinta minutos y debería tener listos los informes preliminares. En las carpetas del personal encontramos cinco empleados antiguos que nos preocuparon; dos especialmente por haber hecho amenazas recientemente. Manuel y Sánchez están yendo a entrevistarlos personalmente. Mario tiene agentes trabajando lo demás como prioridad. Los forenses sacaron un casquillo de la pared y deberían poder decirnos en una hora si esta arma ha sido usada en otros tiroteos.

—Está bien. ¿Encontraste la cartera de Ana?

—Sí. Espérame.

Camilo fue a traerla.

La bolsa era negra, suave y más pequeña de lo que Luis había esperado. La billetera tenía treinta y dos dólares en efectivo, su licencia de conducir, dos tarjetas de crédito y un grupo de tarjetas del banco local, la florería y su agente de seguros. La chequera tenía todavía algunos cheques; el registro de cheques tenía tres años y mostraba actualmente unos dos mil dólares en la cuenta. Luis abrió una libreta de direcciones y encontró muchas páginas llenas de nombres y números telefónicos, con solo unas pocas direcciones. Parte de los datos habían sido tachados y actualizados con nuevos números telefónicos. Luis tuvo la sensación de que estaba sosteniendo mucho de la vida de Ana Benítez en los últimos años. “Esto ayudará.”

Un vistazo de la primera página, la última y la que estaba marcada como “B” no mostró otros Benítez registrados. *¿No tienes familia, Ana? ¿O están registrados aquí con sus apellidos de casados?* Echó un vistazo a su reloj.

—Esta dama fue a un lugar adonde se sentía segura y necesitamos encontrarlo. Continúa trabajando en la pista del centro comercial: Zonas de descanso de los empleados, vestuarios, baños, cualquier lugar adonde ella pudiera ir para no ser vista. Voy a revisar su casa otra vez. Si no la localizamos en la próxima hora voy a querer publicar su foto. Mario, ¿tienes suficiente ayuda para localizar a los empleados antiguos?

—Sí.

—Llámame si te encuentras con algún impedimento.

—Lo haré, jefe.

Luis se llevó la cartera y se dirigió a su auto. Condujo hacia la casa de Ana otra vez. Recordó la mirada en sus ojos. *¿Adónde te sientes más segura Ana? Si no en tu casa, ¿adónde?* Cuando el tráfico se detuvo, sacó la libreta de direcciones y pasó las páginas. Si no la encontraban pronto, él llamaría a mucha de la gente que estaba registrada allí. Si publicaba su foto corría el riesgo de que el asesino la encontrara primero. El tiempo no lo beneficiaba en este momento.

Su camino de entrada seguía vacío. Esta vez entró al camino y estacionó allí, bloqueando el garaje intencionalmente. Existía la posibilidad de que ella hubiera alquilado un auto o hubiera pedido prestado el de un amigo, y si ella no quería hablarle, irse era una manera de lograrlo. Caminó hacia la puerta principal.

La maceta del sapo se había movido del peldaño superior a uno inferior desde su primera visita. Un cambio sutil pero él notó la tierra que había sido limpiada del peldaño. ¿Habría habido debajo una llave de repuesto escondida? Ella podía escapársele por la puerta lateral de la cocina, pero su casa no tenía callejuela detrás y los jardines de sus vecinos tenían vallas por lo que podía verla si lo intentaba.

Presionó el timbre, después abrió la puerta de malla y tocó.

“Señora Benítez. Ana. Soy el oficial García. Por favor, abra la puerta. Sé que está en casa.”

Esperó.

Finalmente se soltó el seguro de la cerradura. La puerta se abrió lo suficiente para que él la viera. Precavida. Atormentada. Agobiada. Pero sin señales de haber llorado.

Ella era de su edad pero él no sabía cómo entablar una conversación con esta mujer.

“¿Puedo hablar con usted?”

Ella retrocedió y lo dejó entrar a la casa.

Se había cambiado la camisa y los pantalones por un suéter rojo y pantalones de vaquero desteñidos. Aun siendo una mujer esbelta la ropa le colgaba del cuerpo. Caminó de regreso a una habitación fuera del pasillo. Él la siguió, solo para detenerse frente a la puerta de su dormitorio. La cama tenía un cubrecama con un diseño rosado, con almohadones que hacían juego y una maleta de viaje abierta sobre el lado izquierdo.

Ella tomó una camisa de un cajón abierto de la cómoda.

—Era el ex de Paula Granados. Lo vi saliendo de la tienda y vi el arma. Ella tenía una orden de restricción en su contra, ¿de qué le sirvió? Él salió de la oficina de atrás y el pasillo, pasó por los relojes de damas, después volteó al este del centro comercial hacia la tienda de equipos electrónicos. Vi la culata del arma cuando se cerró la chaqueta —se detuvo Ana—. Fui a mirar.

Se quedó quieta mientras la imagen la sacudía otra vez y después, bruscamente, continuó doblando la camisa para la maleta.

—¿Por qué no se quedó?

—Porque hay un hombre en mi vida, parecido a ese ex, que va a disfrutar al enterarse dónde vivo ahora.

Ella fue al closet y sacó muchas cosas de golpe.

—Señora Benítez.

—Por favor, es señorita o simplemente Ana.

—Ana, no puedes huir. Eres testigo presencial de un asesinato múltiple.

—Mi nombre va a estar en las noticias pronto, si no lo está ya. Un testigo muerto no te va a servir de nada —se acercó a la cómoda y le lanzó la guía telefónica—. Tú escoges el hotel y la ciudad. Mi taxi llega en cinco minutos.

Empujó el colchón hacia un lado y sacó un sobre grueso pegado al fondo de la cama.

—No me moveré por cuarenta y ocho horas, mientras resuelves qué hacer. Eso es todo lo que estoy ofreciendo, pero me das tu palabra que serás el único que lo sabrá.

—¿Quién es el tipo del que estás huyendo?

—Si te doy su nombre lo vas a investigar y esa curiosidad fue la que mató al último policía que hubo en mi vida.

Luis podía haber dicho que ella estaba llegando a conclusiones precipitadas, pero verla empacar y ver la forma tranquila en que había detallado los hechos, sugería que solo le había dado los más simples. Ningún policía había sido asesinado en esta ciudad en los últimos doce años; ¿desde dónde se había mudado ella hacia aquí? Él lo sabría antes de que terminara la tarde.

—El Hotel Radisson en Prados del Este —indicó él.

—Me registraré bajo el nombre de Marta Alonso —dijo Ana mientras metía el dinero del sobre en su bolsillo y después miró a Luis—. Estoy apenada por lo que les pasó. Eran amigos. Pero tengo que irme.

—Ordena servicio a la habitación y no llames a nadie.

—Ya he pasado por esto unas cuantas veces —cerró la maleta—. Tengo que irme.

—¿Por qué no dijiste quién eras antes?

La pregunta la detuvo.

—Pensé que lo había hecho —suspiró—. Recuerdo el agua co-

rriendo, tus ojos azules y que tenía frío, pero está borroso desde que salí del almacén.

—Está bien.

—Cierra después de mí, por favor. Usa la llave que está en la mesa de la cocina y ponla de regreso debajo del sapo.

—Tengo tu cartera en mi auto.

—Si la llevara conmigo tal vez podría usar algo que sin querer provocara que alguien me pueda encontrar.

Salió y tomó el taxi.

La vio irse y se preguntó en qué se habría metido hoy. El asesinato múltiple podía convertirse en el más sencillo de los dos casos por resolver.

Luis cerró la casa y devolvió la llave a su sapo guardián. De su auto llamó a Mario.

—Puedes cancelar la búsqueda de Ana Benítez; ya la encontré. Ella vio al asesino y lo conocía. Necesitamos pedir una búsqueda para el ex de Paula Granados. Hay una orden de restricción en su contra. Encuéntrala. Consigue la información del auto y envía un despacho de armado y peligroso. Tenemos que arrestarlo esta noche.

—10-4.

Dejó el radio sabiendo la corriente de actividad que acababa de desencadenar. Se dirigió al centro comercial. Si el ex de Paula todavía estaba en la ciudad, había la posibilidad de que pudieran arrestarlo en las próximas veinticuatro horas. Y a menos que obtuvieran una declaración y una confesión de culpabilidad, este caso necesitaría del testimonio de Ana. En las próximas cuarenta y ocho horas él tendría que asegurarse que Ana entendía el problema en el que estaba metida y cómo poder neutralizarlo. No necesitaba que ella se aislara otra vez.

Había problemas. Ana Benítez no era su nombre, al igual que Marta Alonso tampoco lo era. La guía telefónica que ella le

había lanzado ahora descansaba en el asiento a su lado. Un juego completo de huellas dactilares debería ayudarlo con su nombre, si pudiera idear una forma segura de hacer la búsqueda. Podía conseguir una lista de los policías asesinados en el medio oeste con solo una llamada. La solicitud de empleo que ella debía haber llenado y su libreta de direcciones resolverían algunos cabos sueltos. La dama estaba huyendo atemorizada, pero huyendo con inteligencia. Había que tener cuidado al descubrir el secreto de su pasado para no descubrir también su cuidadosamente establecido anonimato. Mantener un perfil bajo era lo que probablemente la había mantenido viva.

Ella estaría ocultándose en la habitación de un hotel desconocido esta noche, tratando de dormir después de entrar a ese almacén para confirmar que sus amigos estaban muertos. *“Están todos muertos. Lo comprobé.”* Ella lo había comprobado. Ella no dormiría mucho esa noche.

Tampoco él. Arrestaría a este tipo y después conduciría hasta Prados del Este. En realidad no importaba cuál era su nombre. Ella había entrado en su vida y se había convertido en su responsabilidad. A ella probablemente no le agradaría mucho, pero eso no cambiaría las cosas. Ella estaba huyendo de alguien y él nunca había sido del tipo que evitaba los problemas. De acuerdo con su hermana, él los buscaba.

Dios, hay veces en que deseo ser mejor en mi trabajo; esta es una de ellas. Descubrir qué hacer a continuación va a requerir sabiduría que no tengo en este momento. ¿Cómo la ayudo sin causarle más problemas? Ella me hace acordar de René Lazo, y ese caso todavía me inquieta. Necesito ideas antes de verla esta noche. Tengo que preguntarle acerca de la balacera de hoy y después aumentar su estrés preguntándole sobre su propio problema. Ese no es exactamente el mejor camino para ayudar a una dama a finalizar un día traumático. Mi trabajo se confronta con la forma en que hubiera manejado la situación si no estuviera estado de ser-

vicio, y no quiero que su situación empeore solo por hacer mi trabajo. Tiene que haber algunas alternativas.

Ella se desenvolvía bien; bajo presión había superado la consternación para tomar decisiones y moverse rápidamente. Eso hablaba de mucha fortaleza interior. Luis recordaba las caras fácilmente porque tenía que ver con su trabajo y sabía que la cara de Ana iba a estar en su mente por mucho tiempo. Quizás era por su edad o el hecho que estaba en medio de algo que significaba que habría problemas, pero ya la había identificado como alguien por quien preocuparse. Por esto había decidido ser policía mucho tiempo atrás: Para hacer el bien cuando se necesitaba. Tendría que idear algo en las próximas dos horas.

Entró al centro comercial. Pablo Rivero lo llamó hacia donde la prensa se había reunido. Luis guardó las llaves del auto y se dirigió hacia el portavoz de prensa del departamento. Las preguntas a gritos de los reporteros llegaron al mismo momento que los micrófonos de largo alcance y Luis se dio cuenta de que su cara estaba en vivo en los televisores por toda la ciudad. Esto era algo que a él le gustaría evitar si fuera posible. “Un momento, señores. Rivero y yo hablaremos en privado primero.”

Caminó entre el público que le abría paso. Había trabajado en esto demasiado tiempo, podía reconocer casi cada cara del grupo. Algunos pocos eran aves de rapiña, listos para explotar la historia en los periódicos locales y de toda la nación; pero muchos eran buenos reporteros en busca de primicias para sus noticieros. Luis caminó con Rivero alejándose del podio; vio a Camilo que venía hacia ellos y cambió el rumbo, llevándose a Rivero para encontrarse con el detective.

Camilo le entregó una carpeta.

—Tenemos una buena foto del asesino y hemos confirmado que no regresó a su casa. Sugiero que la entreguemos al público ahora.

—¿Rivero? —preguntó Luis mientras miraba la foto, memorizando al tipo que buscaba.

—Sí, deja que la trasmita —afirmó Rivero—. Estamos listos para absorber el aumento de llamadas. Y puede que sirva para mantener a la prensa lo bastante ocupada como para ayudarnos a suprimir la información del testigo presencial, encubriéndola con otra historia. Ya tenemos los vídeos del servicio de seguridad y los podemos usar como el medio con el que lo identificamos.

Luis agradeció la sugerencia, porque mientras no era motivo de preocupación mantener en secreto el nombre de Ana, sí lo era tratar de evitar que publicaran su foto. Él preferiría otra hora de solo agentes buscando al asesino, pero su nombre ya estaría en el remolino de rumores en la medida que los reporteros hablaran con amigos de las víctimas y se enteraran que Paula tenía una orden de restricción en contra del hombre.

—Insiste en la advertencia de que no se acerquen —declaró Luis—. No quiero a otro civil cruzándose en su camino.

Rivero asintió y recibió la carpeta. Se la llevó al podio.

Luis dejó a Ana Benítez en un rincón de sus pensamientos y volvió a la cacería del hombre que tenía pendiente. Un problema a la vez. Ella estaba a salvo, por ahora.

Guía para discusión

El testigo

1. Al inicio del libro Luis muestra autoridad, habilidad y la actitud de hacerse responsable de las cosas en su trabajo. ¿Cree usted que él es feliz? En su esfuerzo por ver que se haga justicia, ¿qué tipo de sacrificios ha hecho él en su vida?
2. Imagínese cómo sería su vida si tuviera que huir constantemente como Amy. ¿Qué sería lo más difícil? ¿Qué extrañaría más de su vida actual?
3. ¿Alguna vez le resulta atractiva la idea de empezar su vida otra vez, con una identidad completamente nueva? Si es así, ¿por qué? ¿Piensa usted que resolvería algunos problemas o simplemente crearía nuevos?
4. ¿Cuáles son los rasgos del carácter de Amy que la sostienen cuando otra mujer habría cedido ante la presión? ¿Qué evita que se de por vencida?
5. ¿Se mantiene Amy huyendo por instinto de preservación, o tiene otros motivos para permanecer escondida?
6. Amy dice en el capítulo tres: “La libertad vale más que cualquier cantidad de dinero cuando es la única cosa que no tienes”. Discuta la relación entre libertad y dinero para los diversos personajes; especialmente para Amy, María, Teresa y Daniel.

7. ¿Cómo reaccionan María y Teresa ante la noticia sobre la identidad de su padre y la herencia? ¿Qué muestran sus reacciones acerca de sus valores? ¿Cómo piensa que habría reaccionado usted ante una noticia similar?

8. ¿Cómo piensa que sería convertirse en una persona rica de la noche a la mañana? ¿Cuáles son algunos de los problemas que las hermanas enfrentaron por su repentina riqueza?

9. ¿Por qué la riqueza de Teresa haría que Mario estuviera renuente a proponerle matrimonio? ¿Es una preocupación razonable?

10. La confianza es un asunto que se analiza a través de El testigo. Luis debe ganarse la confianza de Amy aunque ella no se sienta inclinada a dársela. ¿Cómo hace para lograrla?

11. ¿Cómo piensa usted que Amy mantiene su confianza en Dios cuando no confía en la gente?

12. ¿Por qué Daniel encuentra tan difícil confiar en Dios? Si usted fuera amigo de Daniel, ¿qué le diría acerca de la verdadera intención de Dios?

13. Discuta la relación entre María y Camilo. ¿Qué cualidades los atrajeron? ¿Piensa que hacen una buena pareja?

14. ¿Qué cualidades hacen que Carolina sea una buena amiga para Amy en este momento de su vida?

15. Discuta cómo maneja Mario su pena por la muerte de Teresa. ¿Cómo lo apoyan sus amigos?

16. ¿Fue una sorpresa para usted la identidad del asesino de Teresa? ¿Por qué sí, o por qué no?

17. ¿Piensa usted que Amy y Luis se casarán finalmente? ¿Piensa que vivirán felices por siempre dejando en el olvido el terror que vivieron en el pasado? ¿Por qué sí o por qué no?